EL TESORO DEL ÚLTIMO MORISCO

Juan Antonio Trillo

Primera edición, abril de 2021
© Juan Antonio Trillo, 2021

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18460-98-2
IBIC: F

EL TESORO DEL ÚLTIMO MORISCO

Juan Antonio Trillo

avant
editorial
www.avanteditorial.com

A la mujer de mi vida, Angu

CAPÍTULO 1

Alquería de Veas, otoño de 1569

Ya era noche cerrada y el rey estaba totalmente acorralado. Se atrincheró junto a su torre y se defendía bravamente del ataque incesante de las tropas enemigas que eran mayoría y con moral de victoria. No se explicaba cómo había llegado a aquella desesperada situación pero no tuvo más remedio que reconocer que había cometido imperdonables errores tácticos. Su final estaba cerca, aunque no era de los que se rendían fácilmente y lucharía hasta el final esperando un golpe de suerte que, en realidad, sabía que nunca llegaría. De pronto, una voz jubilosa le sacó de sus pensamientos para poner fin a su agonía y en ese instante escuchó las dos palabras que nunca creyó que oiría en boca de otra persona:

—*¡Jaque mate!*

No podía ser cierto, se dijo, y estuvo analizando concienzudamente todas y cada una de las posibles jugadas antes de darse cuenta de que era verdad. En ese momento, las miradas de padre e hijo se encontraron y era evidente quién había

ganado esta vez. Estaba claro que el joven muchacho era ya un rival difícil de derrotar en el noble arte del ajedrez y que muy pronto sería un enemigo inexpugnable para él, de eso no le cabía la menor duda.

La chimenea, a punto de consumirse el último tronco de olivo, hacía ya tiempo que no escupía llama alguna que iluminase algo la pequeña estancia. Un viejo candil junto al tablero, en la rudimentaria y única mesa de la casa, proyectaba pequeñas y danzarinas sombras que eran más nítidas en los cuadros blancos del tablero. Si alguien hubiese podido colarse en aquella casa y contemplar lo que estaba pasando allí, quedaría muy sorprendido al apreciar el gran contraste entre el juego de ajedrez, tablero y piezas, y todo lo demás. A pesar de que denotaba signos de desgaste por el uso y el paso del tiempo, el tablero y las figuras eran preciosos. El tablero, una pesada losa cuadrada de mármol bellamente labrada y pintada con una inscripción en árabe repetida en los cuatro laterales: «No hay victoria excepto la de Alá». Las piezas, de alabastro, representaban dos ejércitos, uno cristiano y otro moro. En esta ocasión había ganado el ejército cristiano, hábilmente conducido por el más joven de los contendientes. Su padre hubiese encontrado algo de consuelo en la derrota, si al menos el ejército victorioso hubiese sido el musulmán, pero esto no se lo diría nunca a su hijo, aunque este ya lo intuía.

Hacía ya horas que el resto de la familia dormía y el silencio de la noche era interrumpido de vez en cuando por el lejano y monótono ladrido de algún perro insomne. Padre e hijo estaban sentados sobre una estera de esparto y unos cojines ya que la mesa apenas levantaba un par de cuartas del suelo. El hombre se incorporó y apuró su jarra de vino, el joven

también se levantó justo cuando un gran bostezo le recordó el sueño que tenía. Esa mañana habían madrugado bastante para ir a sembrar el trigo en la haza de la loma de Almutamir. Habían tenido suerte de que la lluvia respetara la siembra porque el cielo estuvo encapotado toda la mañana amenazando abrirse. Ahora llovía un poco, una lluvia fina y silenciosa, y eso reconfortaba sobre todo al padre, que dio gracias a Alá por haber tenido esa suerte.

—Vete a dormir y procura descansar. Mañana tenemos que madrugar otra vez.

El hijo antes de obedecer a su progenitor, recogió las figuras del ajedrez y las colocó en su caja de madera. Se notaba a simple vista que esa caja no debía ser la original porque era demasiado tosca para esas piezas tan bellas. Mientras tanto, el padre se había arrodillado para realizar la zalá nocturna y el hijo, una vez guardó la caja, se colocó a su lado después de hacer unos mecánicos gestos que simulaban la ablución.

El hombre no tenía sueño y aprovechó que el candil todavía daba algo de luz para sacar de lo alto de la alacena un viejo pero cuidado libro. Al igual que el ajedrez, aquel libro parecía un objeto fuera de contexto en aquella casa tan pobre y con unos moradores que, a simple vista, no parecían muy cultivados. El libro era un bello Corán en muy buen estado y el hombre empezó a repasar algunos pasajes que localizaba con la destreza que da la práctica. Leía casi todas las noches para no olvidar, para honrar a sus antepasados y para aplacar en parte a su conciencia que a veces no le dejaba dormir bien. Podía recitar de memoria esos textos y, lo que era más importante, comprender su significado, gracias en parte a las explicaciones que de pequeño recibió de su padre.

El muchacho se acostó y acurrucado en el colchón de lana, junto a sus dos hermanos menores, estaba eufórico. Había vencido a su padre en una gran partida y esta vez estaba seguro de que él no le había dado ventaja dejándose comer alguna pieza haciéndose el despistado, como cuando era más pequeño. Le había visto muy concentrado y algo contrariado por la derrota. Le hubiese gustado quedarse con él para leer el Corán, pero sabía que debía obedecerle y además estaba bastante cansado y tenía algo de sueño.

Muchas noches se habían quedado los dos solos, a la luz del mismo viejo candil, y su padre le enseñó primero a reconocer los extraños garabatos del libro y después a formar palabras con ellos. También le hablaba del pasado de su familia, de su pueblo y de todo lo que había pasado en los últimos tiempos en aquella tierra, que era la suya pero en la que ahora estaban de prestado. Le hablaba de la situación actual y de lo que, según él, estaba por venir. El muchacho no entendía del todo aquellas cosas que su padre le contaba, pero procuraba poner atención ante la seriedad con que su progenitor le contaba todo aquello. A menudo le interrumpía para preguntarle algo porque realmente él no llegaba a comprender todo lo que estaba pasando y a veces no se explicaba por qué tenían que llevar esa doble vida y vivir en secreto, muchas veces, sus sentimientos. De todas maneras le reconfortaba saber que su padre tenía las mismas dudas que él. Pensando en todo eso se quedó dormido profundamente.

CAPÍTULO 2

Cuando por la mañana lo llamó su padre, bien temprano, Muley estaba soñando que iba cabalgando a lomos de un hermoso caballo blanco, sobre un enorme tablero de ajedrez. Todas las piezas eran humanas y estaban cantando y bailando, mezcladas unas con otras, cristianas y moras. Le costó espabilarse y le extrañó que siendo todavía noche cerrada, su padre lo levantara tan temprano. Se lavó la cara y las manos con el agua que para esos menesteres había en una zafa grande de barro cocido situada en el pequeño patio interior de la casa y junto a su padre, de nuevo, oró por primera vez ese día.

—Cámbiate de saya y ponte tus mejores zaragüelles y los zapatos de fiesta que vamos a Granada. No tardes mucho que hay que llegar a primera hora de la mañana.

Muley se quedó muy sorprendido porque su padre no le había hablado nada de esto la noche anterior y él se acostó pensando que al día siguiente le esperaría otro largo y duro día de trabajo en el campo.

—*¿Para qué te tengo que acompañar a Granada, padre?* —le preguntó intrigado.

—Ya te lo contaré por el camino. Come algo y date prisa que nos vamos enseguida.

Muley se sirvió una jarra de leche de cabra y comió un poco de pan con aceite. Se lo tomó con rapidez para no hacer esperar a su padre y cogió un pequeño racimo de uvas que se las iría comiendo por el camino. Mientras, vio a su padre terminar de vestirse con sus mejores ropas y calzarse sus únicas botas de piel. Muley cada vez estaba más intrigado porque no era nada habitual que su padre se arreglara de aquella manera y mucho menos que él tuviese que acompañarlo.

Al salir a la calle una ráfaga de viento frío les recordó que el invierno no tardaría en llegar pero, al menos, no llovía. Sobre la saya se habían colocado una especie de capa con capucha que les protegería del húmedo frío matinal. Aún no había amanecido y la luna se dejaba ver todavía en el cielo que ya iba clareando. No vieron a nadie en la calle con lo que evitaron tener que dar explicaciones de hacia dónde iban tan temprano y con esas ropas tan elegantes.

Caminaban en silencio porque Muley no se atrevía a preguntar a su padre de nuevo el motivo de aquel misterioso viaje a Granada. El trayecto discurría próximo al río Darro, por el estrecho valle que desciende desde la alquería de Veas a Granada. A un lado y otro, las empinadas laderas estaban salpicadas de olivos, almendros, higueras y viñas. Entre el pequeño río y el camino se situaban las fértiles huertas donde se cultivaban las hortalizas y en las que había numerosos árboles frutales. El agua era sacada del río por medio de acequias que servían de lindes entre las pequeñas propiedades.

—Quiero que me acompañes a una reunión para la que he sido convocado en el Albayzín. No me preguntes de qué tratará porque no me lo han dicho, aunque me lo imagino.

Jafar había esperado estar a una distancia prudencial de las últimas casas para decirle a su hijo el motivo del viaje, aunque tampoco le contó toda la verdad del tema. Unas noches atrás, un primo de su mujer le dejó el recado para que acudiera a esta cita en la que se hablaría de asuntos importantes para los hermanos moriscos, según decía el recado, y se necesitaba contar con la opinión de todos los líderes de las distintas alquerías de esta parte del reino. Jafar se temía lo peor y quería que su hijo conociera a fondo como estaban las cosas, por lo que pudiera suceder.

Media legua después de salir de Veas llegaron a Cortes, que ni siquiera se podía considerar una alquería porque allí solo hay una docena de casas y nunca hubo mezquita alguna ni ahora iglesia. Ya había salido el sol, que les daba por la espalda y el frío era de menor intensidad. Jafar le dijo a su hijo que se esperase un momento en el camino mientras él se acercaba a una de las casas. Era la de su hermana Zuhayr.

Muley vio como su padre entraba en ella y al cabo de un par de minutos volvía a salir para incorporarse de nuevo al camino. Tampoco esta vez le dijo qué es lo que había ido a hacer allí dentro.

Siguieron caminando a paso rápido sin apenas hablar y no tardaron en llegar a las primeras casas de Granada. Antes habían tenido que cruzar el río aprovechando una estrechez del cauce, aunque por aquellas fechas no traía mucha agua. Llevaban unas dos horas de camino y ya divisaban a la

izquierda, en su privilegiada ubicación, la majestuosa imagen de la Alhambra, el Palacio de los Reyes Nazaríes.

Jafar señaló a su hijo la acequia que en el margen izquierdo del río se dirigía hacia la colina donde estaba la impresionante fortaleza nazarí.

—Mira Muley, esta acequia es la que lleva el agua a la Alhambra. Durante siglos, nuestros reyes han bebido y se han bañado con el agua que nace en nuestras montañas. También han regado sus jardines y huertas con ella. Nunca lo olvides, hijo.

Muley estuvo meditando sobre aquellas palabras pero la cercanía al destino del viaje le sacó de aquellas cavilaciones.

—*¿Dónde es esa reunión, padre?*

—No lo sé, contestó secamente Jafar.

—*¿No lo sabes? Entonces, ¿cómo vamos a poder ir?* —le dijo extrañado el joven.

—Yo no lo sé, pero el primo Munir, *sí.*

Muley comprendió que irían primero a casa de ese primo de su madre y que luego este les llevaría al lugar donde iba a ser la reunión, que parecía estar rodeada de demasiados misterios, y eso no presagiaba nada bueno. Lo que no entendía era ese secretismo y la intriga que parecía darle su padre a todo aquello. Él nunca había estado en la casa de ese familiar pero sabía que vivía en el Albayzín. En realidad solo había estado en Granada cuatro o cinco veces en toda su vida, que él recordara.

Ya en el Albayzín, Jafar enfiló una de las muchas cuestas empedradas que había en ese barrio habitado casi exclusivamente por moriscos, y al poco se desvió por una calle perpendicular muy estrecha en la que estaba la casa del primo de

su mujer. Por el otro lado de la calle un pequeño y regordete hombre de mediana edad se aproximaba con una pequeña cántara de leche.

—Qué Dios os bendiga, saludó Munir

—Qué Alá te proteja a ti y los tuyos, Munir —contestó Jafar.

—Este debe de ser Muley, ¿no?, está ya hecho todo un hombre —dijo el primo.

—Así es, ha venido conmigo porque ya tiene edad suficiente para conocer la verdadera situación de nuestro pueblo.

—Llegáis justo a tiempo. Pasad un momento y enseguida os acompaño a la casa de Abén Jatib.

Entraron los tres a la pequeña casa de dos plantas, pasaron al patio y allí esperaron padre e hijo. Munir dejó la cántara de leche en la cocina e indicó a sus parientes que si lo deseaban les acompañaba ya a la casa donde, al parecer, se celebraría la reunión para la que habían sido convocados.

Salieron de la casa y volvieron a la empinada cuesta por la que habían ascendido antes. Continuaron subiendo un rato más y esta vez se desviaron al otro lado hasta llegar a una pequeña plazoleta. Desde allí la vista de la Alhambra con Sierra Nevada al fondo, teñida de blanco por unas tempranas nieves, dejó maravillado a Muley. Subieron por unas estrechas escaleras y llegaron a otra calle con menos pendiente que las anteriores. Se notaba que allí vivían familias más pudientes porque las casas eran más grandes y disponían de jardines y fuentes a la entrada de las mismas. En la puerta de una de aquellas casas se detuvo Munir y con un gesto indicó a Jafar y Muley que esperasen más atrás. Él se acercó a la puerta y Jafar pareció entender que pronunciaba una especie de contraseña que

no llegó a oír del todo. La puerta de la casa se abrió y Munir, con otro gesto, invitó a sus dos parientes a pasar. A Muley de repente le entró miedo por lo que pudiera pasar allí dentro.

CAPÍTULO 3

Muley ibn Jafar figura en el libro de bautismos de la parroquia de Veas, Libro I, página 11, como José Abenomar, hijo de Francisco y María, aunque los verdaderos nombres de sus padres son realmente Jafar y Zuleyma. Muley anda por los quince años y tiene cinco hermanos, todos menores que él: Alí, Meriem, Tarik, Aixa y Yusuf, que por supuesto, tampoco figuran con esos nombres en el citado libro de bautismos de la parroquia. Un reciente incendio sufrido por la iglesia, aún en construcción, deterioró estos libros aunque no llegaron a quemarse del todo y don Gregorio, el cura del lugar, los sigue usando a la espera de que les manden otros nuevos desde el arzobispado de Granada. Todos en Veas saben que este incendio lo provocaron los rebeldes musulmanes que, desde hace algún tiempo, se dedican a este tipo de fechorías por las distintas alquerías del antiguo reino de Granada, donde las nuevas iglesias van sustituyendo a las mezquitas.

La familia Abenomar vive en una humilde casa, no muy lejos de la iglesia, porque en realidad, todas las viviendas en Veas se concentran en torno al pequeño templo. La

construcción consta tan solo de una sala no muy grande donde está la chimenea y dos más pequeñas aún en las que se almacenan frutas, grano, aceite y algunos aperos y que por las noches, hacen las veces de dormitorios en los que se tienen que repartir los siete integrantes de la familia. También tiene la casa un pequeño patio interior, una reducida cuadra y un modesto tinado para el ganado en el que una parte se utiliza como pajar. Por debajo de la colina donde se ubican el puñado de rudimentarias viviendas y la iglesia en obras, discurre el pequeño río Darro, cuyo nacimiento no está muy lejos de allí, entre las montañas que rodean la alquería.

Una legua y media más abajo siguiendo un camino que serpentea próximo al río, se llega a la Alhambra y por tanto a la ciudad de Granada a través del Cerro de Valparaíso. En otros tiempos, hubo una pequeña atalaya militar que dominaba este camino pero hoy día las piedras de aquella construcción están siendo utilizadas para levantar la iglesia justo en el mismo lugar donde poco antes había una pequeña mezquita. Dicen algunos viejos moriscos de la alquería que aquí pasaban temporadas las reinas moras, sobre todo en verano, debido al frescor del lugar. No en vano, todas las tierras del pueblo eran de su propiedad, según lo atestiguan los libros de la época. En Veas, también hay un pequeño molino de agua junto al río que muele el grano que se cosecha en verano y las aceitunas que se recogen en invierno. En total no habrá más de cuarenta familias y solo dos de ellas son de cristianos viejos, los Quintana y los Núñez, que vinieron de Castilla unos quince años atrás, las demás son descendientes de moros que se tuvieron que convertir forzosamente al cristianismo para no tener que abandonarlo todo y marchar al norte de África.

Cambiaron de nombre y de Dios, pero nada más, es el precio que tuvieron que pagar para poder seguir viviendo aquí, en su tierra, donde reposan sus antepasados. Por último, está don Gregorio, que vive en la iglesia y es el párroco del lugar. Es un buen hombre, que se toma con paciencia y abnegación su labor evangelizadora de los nuevos cristianos. Al contrario que en muchas otras alquerías del antiguo reino de Granada, en la de Veas, la convivencia entre todos es perfecta y nunca ha habido roces derivados de la distinta procedencia de unas familias u otras, y a ello ha contribuido de manera decisiva la buena obra de don Gregorio.

La familia Abenomar y todas las demás viven de lo que les da la tierra y de los animales que crían y a pesar de las dificultades, nunca han pasado hambre. Los campos que rodean la aldea son fértiles y se cultivan mediante pequeñas huertas separadas por una intrincada red de acequias y paratas que se escalonan en las numerosas colinas que rodean la alquería. El valle es pequeño y fuera de él, en las laderas y tierras más ásperas y áridas, se siembran cereales, principalmente trigo, centeno y cebada. En estos pagos abundan los olivos, las higueras, los almendros y las viñas, porque estos moriscos han bebido vino en cantidad moderada desde tiempos inmemoriales, a pesar de lo que dice el Corán al respecto.

No lejos de las casas y las huertas, cerca del ejido que sirve de eras en verano y de pasto para el ganado el resto del año, está el Metuet. Se trata, por así decirlo, de un pequeño bosquecillo de morales que son mimados por todos y llevan allí toda la vida. No son de nadie en particular, sino que pertenecen a todos. A los vecinos de Veas les gusta acompañar las comidas con zumo de moras cuando es la época de este

sabroso fruto, pero no es esa la razón principal por la que hay tantas moreras en Veas. Sus hojas sirven en primavera como único alimento de los gusanos de seda, que desde hace siglos, son mimados y criados por las familias moriscas para obtener el delicado y apreciado hilo de seda, con el que luego, las hábiles manos de las mujeres, tejen las suaves telas de seda.

En todas las casas, en primavera y sobre un lecho de cañas, los gusanos son cebados con las dentadas y jugosas hojas de las moreras hasta que forman sus capullos de seda. Luego, las mujeres de cada familia son las que se encargan de hilar las madejas. Zuleyma es una verdadera experta en el arte del hilado y Meriem y Aixa, sus hijas, ya van aprendiendo todos los secretos de este oficio, como ha venido ocurriendo generación tras generación. Después, la seda es vendida en Granada y los moriscos obtienen así unos ingresos adicionales que les permiten salvar los periodos de malas cosechas, que por desgracia suelen ser cada vez más de los deseados.

Todas las familias tienen, además, su pequeño o mediano rebaño de cabras y ovejas, que les aseguran la carne, la leche y la lana. El pasto es abundante y cercano a la aldea por lo que no hay que recorrer grandes distancias con el ganado. Muley lleva años ejerciendo de pastor y ahora sus hermanos Alí y Tarik le van relevando cada vez con más frecuencia, ya que Muley se va haciendo un hombre y Jafar cuenta casi siempre con él para las faenas más laboriosas y duras del campo, que no son pocas. En todas las casas también hay gallinas y conejos. Las mujeres y otras veces los niños se encargan de darles el grano y las pocas sobras a las primeras y de buscar hierba para los segundos. La familia Abenomar dispone además de un pequeño burro que lleva algunos años ocupando la